

EL pasado siglo, el último de la dominación colonial, en la que era "Siempre fiel Isla de Cuba", fué pródigo en grandes figuras lo mismo en la política, las artes, la guerra y las ciencias. Fué el siglo en que floreció el talento de los Saco, de la Luz, Varela, Caballero, Reinoso, Cortina, Montoro, Rigueroa, de Casal, de Martí, Gutiérrez, Finlay, White, y tantos más que cubrirían esta amplia planá dominical. Y como es natural en la vida social también se reflejó aquel adelanto, que nos acercaba hacia el gran momento de nuestra independencia de la colonia, cuyo remoto gobierno central no se percataba de aquella alborada que principió casi inadvertida, para los politicones de la Villa y Corte.

El barrio del Cerro, el "aristocrático quarter" como le llamaba hace medio siglo, Fontanills, el zar de la crónica habanera, fué el lugar escogido por las opulentas familias que ya hallaban incómodo y caluroso el centro de La Habana, esa Habana vieja donde todavía se cuentan como venerados fantasmas del pasado los palacios de Santa Cruz, los Ponce de León, los Calvo de la Puerta, los Lombillo y otras muchas familias de la primitiva San Cristóbal.

A principios del siglo XIX, comenzó el éxodo de nuestra "gentry" hacia Puentes Grandes, el Cerro, y Guanabacoa. Y en el barrio situado entre Jesús del Monte y el entonces casi inexplorado Vedado, empezaron a fabricar sus casas los grandes títulos, los opulentos azucareros y los afortunados banqueros y comerciantes de aquella "age dorée". Suntuosas quintas levantaron los señores de entonces, como los Marqueses de Aguas Claras, de la gratitud, de Almeida, de Real Socorro, de Sandoval, de Real Campiña, los Condes de Fernandina, de Santovenia, de Jibacoa, de Villa nueva y los Herrera, los Santos Guzmán, los Morales, los Tarafa, los Plazaola, los del Valle Fauti, los Calvos, los Zuaznívar, los Chacón, los Echarte, los Iznaga, los Ayestarán, los Arango, los Zayas, los O'Farrill, los Alonso, los Giiel, los Diago, los Jocvia, los del Junco, los Carrillos de Albornoz, los Veytia, los Molier, los Martínez de Pinillos, los Armand, los Ajurias, los González Abreu, los Casuso, los Portela, los Pintós, los Sánchez y los otros ilustres apellidos tan conocidos en los anales de nuestra sociedad de ayer y de hoy.

Los arquitectos de la época, inspirados en las villas francesas e italianas, fabricaron mansiones dando belleza con ventilación y suntuosidad sin penumbras, y así surgieron las galerías de blancas piedras, blancos pisos de mármol y blancas persianas, se diseñaron bellísimos jardines, lindas fuentes y bien delineados parterres, cenadores dieciochescos y tropicales

avenidas de palmas como las que todavía se admiran en la quinta de Palatino de los esposos Sánchez Abreu-Almagro y Carrillo de Albornoz. Se tuvo en cuenta el clima, a la par que el decorado perfecto. Ya el talento de los criollos había rodeado de prestigio y respeto a apellidos que en la madre patria no tenían, hasta entonces, resonancia alguna. Pero también ya existían títulos como el de los Marqueses de Villalba (creado en 1662 por Felipe IV), Conte-Corto, San Felipe y Santiago, de Cañana de Tirry (del reinado de Felipe V), los de Real Tesoro, Justiz de Santa Ana, del Real Agrado, de Cárdenas de Monte Hermoso, de Real Proclamación, de Real Socorro, de Almeiras y de Prado Ameno (otorgados en tiempos del buen rey Carlos III); los de Casa Peñalver, de Casa Calvo y de Arcos (época de Carlos IV); los de Casa Ramos de la Fidelidad, de Santa Olalla, de la Candelaria de Yarayabo, de Dunquesne, de Santa Ana y Santa María, de Campo Florido, de Delicias de Tenpú, de Aguas Claras, de Esteva de las Delicias, y de Guisa (creados por el reinado del anodino Fernando VII); de la Casa Núñez de Villavicencia, de Rendón de Campo Alegre, de Valero Urria, de Castell-Florite, de Marianao, de Guymaro y de San Miguel (otorgado por la casquivana Doña Isabel II). También los títulos de familias cubanas como los Condes de Casa Bayona (reino de Felipe V en 1762), de Jibacoa, de Macuriges, de Buena Vista, de Jaruco Mopox, de O'Reilly, de Valleliano, de Lagunillas, de Casa Montalvo, de Santa María de Loreto (reino de Carlos III), de Casa Barreto, de Pozos Dulces, Armildes de Toledo, de Zaldívar, de San Esteban de Cañongo, de Fernandina (con grandeza de España), de San Fernando de Peñalver, de Villamar, de Santa Inés, de Banoa, de Casa de Ponce de León y Maroto, de la Reunión, de Santovenia, de Casa Lombillo, de Casa Romero, de Pedroso y Garro, de Dunquezne, de Pino Fiel, de Peñalver, de Casa Brunet, de Fernandina de Jagua, de Valmase y de Vegamar, de Bayona, de Canimar, de Castillo, de la Diana, de Duany, de Galarza, de Madan, de Morales, de Moré, de Mortera, de Puente, de Romero, de Sagunto, de San Antonio, de Santiago, de Sedano, de Yumuri. Existieron algunos vizcondes como el de Canet, de Vaibanera (dado a la condesa de Villanueva por Isabel II). Y un título de los Países Bajos (nacionalizado español) el de Barrón de Kessel que pasó a la cubana familia Herrera.

Es difícil no hallar entre todos estos títulos, apellidos de las prósperas familias que se trasladaron al Cerro, al principio del siglo XIX.

EL CARRITO DE MULAS

Cuando este sesentón de Don

Gual era un chico de seis o siete años, le encantaba ir al Cerro en carrito acompañado, eso sí, del fiel Mariano, que era un negrito más bueno que el pan, "muy aristócrata" pues se sabía de memoria todos los marquesados y condados que mencioné antes, pero que desapareció de mi casa el 24 de febrero de 1895, para morir peleando contra "el mal gobierno de España", en el combate de Coliseo. Mariano era nieto de esclavos nacidos en las costas de África e hijo de un negro-liberto que había sido calesero de una familia del Cerro. Guardaba en su modesto baúl, la casaca verde galoneada de heráldica, que usó su progenitor. También su bomba de escarapela y su fusta, unas relucientes botas altas con hebillas de plata, y unas espuelas del mismo metal, que mi negrito juraba que su "taita" jamás había utilizado.

AL CERRO DESDE EL CENTRO DE LA HABANA

Los carritos que iban al Cerro desde el centro de La Habana tomaban por Galiano, hasta Reina, eso lo recuerdo bien. Eran chiquitos y, sentados, sólo cabía una docena de pasajeros. De noche alumbraba su interior el resplandor de un quinqué que iba metido tras un cristal en una como caja, encima de la ventanilla izquierda de la parte posterior. El viaje era largo hasta la esquina de Tejas, donde nos bajábamos para ir a ver unos parientes míos, que me hacían regalos (galletas y confites en cartuchos de elásticos), y a veces me quedaba a comer con ellos en su amplia casona entre las calzadas del Monte y la de Buenos Aires. Un día, aquellos pintorescos vehículos fueron sustituidos por los "eléctricos", y recuerdo el "cántico" de "Pare, motorista, que me vengo cayendo", y el gráfico dicho "Fulano está con los nueve puntos", refiriéndose al que se "disparaba" como los nuevos carritos. Y aquellos símbolos de velocidad, hoy van "a paso de jicotea" cuando les pasa por el lado una de esas plebeyas y sucias armazones de lata bullanguera, y de maderas podridas que se llaman "ómnibus". Los Pepillitos y las Pepillitas de hoy cuando, por casualidad, pasan por la larga y curva calzada del Cerro, en busca de la "salida" de Palatino, no se imaginan lo que fue "aquella Itálica famosa", de cuya magnificencia, sólo quedan algunos destacados restos, convertida casi toda en mugrientas casas de vecindad o en industrias diversas.

Para los asturianos el Cerro es hoy la Quinta Covadonga; para los bebedores de la buena cerveza es la nueva Fábrica de Hielo; para los que van de prisa es la salida a la calzada de Rancho Boyeros. Pero para los que vivimos parte de aquellos días, el Cerro es el cofre de los recuerdos, res-

to del esplendor de aquellos días de miriñaques y volantas, de chisteras y quitrines, de levitas Prince Albert y victorias charoladas, el Cerro heroico de Luisito Ayesarán y Julio Sanguily.

ARdua TAREA

Desde que anuncié, en mi columna diaria (En esta Habana nuestra) que iba a dedicarle una página dominical al legendario suburbio, no he cesado de recibir llamadas telefónicas y cartas, que ha tenido que atender mi inseparable amigo Massaguer, ya yo no "gasto" teléfono, ni tengo domicilio conocido. Por eso titubeo al intentar dar una lista de la gente del Cerro, cuyos actuales descendientes "me sacarían los ojos" si me olvidara de alguno de ellos. Pero yo tengo madera de santo, y me prestaré a ser azotado y hasta crucificado.

Trataré de recordar mis amistades de la Calzada, y luego las casas que frecuenté en las calles traviesas, de Dominguez, de la Rosa, de Tulipán de Atocha, de Zaragoza y de Lombillo. Recordaré aquellas grandes fiestas (muchas no alcancé porque me acostaban a las ocho, con mi pomo de leche o porque todavía no había llegado a este valle de lágrimas), como la ofrecida a los infantes Don Antonio y Doña Eulalia, por los condes de Fernandina; las Matinéees en "Las Delicias de Palatino" la víspera del incendio y los "tes" de Rosalía Abreu en su nuevo chateau, decorado por Armando Menocal; los saraos del Exmo. señor Santos Guzmán (el aristocrático abuelo de Carmelina Guzmán de Alonso); los bailes de Oscar Fonts y de Dulce María del Junco en su palacete de la calle de Dominguez; los que ofrecía María Galarraga y su talentoso hijo el bardo Gustavo Sánchez; los recibos en casa de Ana Luisa Diago, los de mi inolvidable amigo Pancho Carrillo de Albornoz, los de Margarita Zayas (hoy viuda de Charles Dufau), los de Virginia Echarte, de Goudie, de Guillermina Portela, de la archisimpática Lily Casuso, de los Sánchez Zayas, y aquellas interesantes veladas y matinéees filarmónicas en casa del doctor Adolfo Lamar y de Margarita Enriquez (los padres de Consuelito Lamar de González de Mendoza, la exquisita y bellísima cantante). No olvidaré a la bondadosa Emma Finlay, la hermana de la señora de Orr, que chaperoneaba al "grupito" de nuestras amigas favoritas.

Me parece que fué ayer cuando iba con el malogrado amigo Ramoncito Fonts López y José Luis Pessino Saavedra al "skating ring" del Parque Tulipán donde patinábamos con Nena Mestre (hoy señora de Guillermo de Mena), Tomasieta Chabau (hoy señora de Eugenio Sosa), Silvia Parraga, María Alzugaray, los Urbizu (Cuquita, Rosita e Isabel), Mercy Diaz Alber-



tini, Maggie Orr (Hoy de Aróstegui), Tona Sousa (hoy de Ramírez), Enriqueta González Langwith (hoy de O'Farrill), Lucila Morales Finlay, las Morales Zaldo, las Zayas O'Farrill, Rosita Prieto, los Sánchez Zayas, Carmelina Guzmán, los Alfonso del Junco... Raúl Mejer era el Valentino de "patinado". Recuerdo cuando le decían a Leonorcita Díaz Echarte la "Japonesita del Cerro" y recuerdo los matches de tenis en casa de las Cabargas, en la quinta de Echarte, en los courts de Millington, que creo era primo de Lily Goudie (hoy de Merry), quien espero lea esta crónica.

Recuerdo las tardes que pasé en el amplio portal del viejo palacio de los Condes de la Fernandina (hoy es una Clínica), donde vivía el eminente tribuno y hacendado Don Rafael Fernández de Castro con sus hijas Blanca (hoy señora Jardines), Conchita y Ofelia (de la cual enviudó Mario Montoro Saladrigas), y Rafael, Pedrito y Mario.

Aunque del Cerro ya han emigrado para el Vedado y nuestro vecino Marianao la mayoría de las familias mencionadas todavía viven en sus vetustas residencias María Ojea viuda de Guzmán, Elisa Ayala viuda de Zayas, Conchita Montejo de Delgado, Yoya Barnet de Arenas, Rosita Alfonso de Beale, Mercedes Sánchez de Bonnet, Lulú Sánchez de Cabarga, María de Cárdenas viuda de Zaldo, Jacinta Torres de Salazar, Herminia Delgado de Rodríguez, Enriqueta González Langwith de O' Farrill, Nena y Adriana Bonnet, Alicia García de Sánchez, Bebita Zayas, Lily y María Casuso, los Otero, los Goundie-Merry, los Zayas O'Farrill... los Lluria...

Una piadosa lectora me ruega que no deje en el tintero a los párrocos de la iglesia del Salvador del Cerro como los Padres Marre-ro, Vicra y Müller. Alfonso Martínez Fabián, uno de mis mejores amigos, me presentó en el Cerro a su linda prima Julia Jorrín (hoy viuda de Culmell). Un regalo de los muchos que me hizo el inolvidable esposo de Hilarita Fonts.

SIGUE EL ELEGANTE DESFILE

En la calzada del Cerro vivían los Ojea Guzmán (María Ojea sigue fiel a su casona); Carmelina y Paquito Guzmán Ojea; los Marqueses de Sandoval; la familia de Cabarga (tu típico portal de veraneo criollo, florecía por las tardes cuando se sentaban Teté, Carmen, Lola, Asunción, Matilde, Margarita y Josefina); la familia de Pancho Carrillo de Albornoz con sus hijos Miguel, María y Lolita. Don Santiago Zuaznabar con sus hijos Esperanza, Ofelia y Aurora; Leonila Fiña (hoy de Fernández Mederos); la familia de Lorenzo Sánchez con sus

hijos Lorenzo, Mercedes, Enrique, Fernando y Lulú; la familia de Contreras con Margarita la esposa de Jimmy Beck y Gaspar uno de los fundadores del Vedado Tennis Club, casado (y ya abuelo) con Ernestina Ordóñez. Vive en el Cerro todavía el venerable doctor Pancho Muller con sus hijos, el monseñor Dulce María (de Gorrin) Panchito y José Manuel. Alberto Delgado con sus hijos Herminia, Alberto y Manolo. La de Julia Moliner de Jorrin con sus hijos Gonzalo, Miguel y María, los Portelas con sus hijos Chuchú, Gerardo y Juan. Amelia y Guillermina Portela. También era Portela, Lucrecia la de Zayas, madre de Jue María el rotario; (casado con Amelia Portela Llerandi), Cuca, Carlos y Oscar. Las familias de Goundie, Casuso, Bonnet, Armando y Martínez.

Recuerdo también en la Calzada a los hijos de mi amigo doctor Mario Sánchez con sus hijos Albertina, Elena y Mario. En la calle de Domínguez; las Echarte (señora de Díaz, de Sanguily y de Farrés) en su bellísima y famosa Quinta. Allí recuerdo a Don Edelberto, a Edel y a Enrique Segio, el infortunado "Currito", Enriqueta Echarte de Farrés, Mercedes Echarte de Díaz y Matilde Echarte de Sanguily (esposa ésta del célebre general mambí), fueron las animadoras de esa zona del Cerro. En Domínguez vivían las del Junco (Dulce María de Fonts Sterling y Piedad de Alfonso. La casa de los Fonts la siguen viviendo los esposos Carlos Fonts del Junco y Juanita Cano.

Mi entrañable amigo Willy Lawton tenía allí su lindo palacete, donde recibía en unión de su encantadora esposa Merceditas de Armas y su hijo Willito, que estaba casado con la señora Cuquita Alonso del Junco.

Las Goicurias: América, casada con Ricardo Farrés (hermano del Presidente del Unión Club), y Hortensia de Laferté. En esa calle visité a Doña Clementina Llerandi viuda de Portela, que era hermana de Doña Cuca Llerandi, la hermana de los Fantony. Los Portelas son cinco hermanos: Cusa (señora de Villalba) Matilde, Enrique y Amelia (esposa de J. M. Zayas) y Angelina.

La hija del gran patriota Pintó, Doña Irene Pintó de Carrillo de Albornoz (vivió allí hasta que se trasladó al paseo de Carlos III donde murió), Irene, Merceditas y Antonio (Tony).

Fernando de Zayas (que chispeante viejecito era Don Fernando) con sus hijos Miguel y Margarita. La familia de Vildósala, con Fernando el esposo de Clarita Ponce de León y Ponce de León, hija de la Condesa de Villanueva (también Marquesa de Aguas Claras y Vizcondesa de Valbanera).

En la calle de Tulipán vivían



María Gallarraga de Sánchez (su esposo el millonario Don José Genaro) con su hijo Gustavo; Federico Edelmán y Pintó, con su esposa Adelaida Baralt Peoli; los Lankwith: Concha, casada con Dómine, Almida con Don Carlos Revilla el magistrado, Estela y Enriqueta, antes mencionada.

La familia de Zaldo, oriundos de Trinidad se establecieron en el Tulipán. Isabel casada con Villalba vivía allí con sus hijos: Cuca, esposa del doctor Pedroso; Guillermo casado con Cusa Portela Llerandi; Gastón y Mario. Manuela, la viuda de Lavandeyra vive con sus hijos Frank y Quiquí, esta última señora de López. María se casó con el señor Aquiles Martínez (hoy socio número uno del H.Y.C.), que es hermano de Belisario, Eloy y Panchito. Sus hijos son Fernando (casado con Estela Párraga y Ponce de León); José Manuel (casado con Silvia Párraga); y Silvia con el doctor Jesús Portela, el muy querido amigo "Chuchú" y "Curiel". Guillermina de Zaldo, se casó con Morales y sus hijos son Rosa, Elvira, Ricardo y Julia Morales. Los familiares de Rosa Castro viuda de Zaldo, (con sus hijos Guillermito), de Lay de Finlay (Blanca se casó con el caballero inglés Don Roberto Orr), las Morales Finlay (Lucila y Alicia esta última señora de Ravena); la familia de Don Andrés Zayas Atestarán con sus hijos Ricardo, Fernando, Ignacio, Alfredo, Nicolás, Nena (viuda de Bonnet), Susana, Micaela, María Luisa y Andrés (éste vive ahora en Camagüey), la familia de las Portilla, de Esnard, de Fontanals, de Lamar, Moeller y el general Monteagudo (cuando era Senador) con sus bellas hijas.

En la calle de Lombillo vivían Carlos Piñeiro y los Martínez Vinalet (María Luisa de Galbis).

En la calzada también recuerdo (perdonen el "detour") a la familia de Grillo, Crusellas Touzet, Rodríguez Mena, Ramírez de Estenós y Mercier, los Roca, José Silverio Jorrín y Serafina Moliner de Jorrín (en la Quinta de Cerro y Tulipán, donde Massaguer tuvo su estudio, talleres y la redacción de la inolvidable revista "Social". Los Martínez Armand, Ajuria, Benito Toboada Pugnán (primo de don Luis el célebre humorista español), Jorge Carvajal de Pinillo (hermano del Marqués de Pinar del Río y de Avilés), los Valles Izaga, el Marqués de la Real Campaña, el del Real Socorro, Teté Polo y Amparo Polo la viuda de Jorrín...

En la calle de la Rosa residían la señora Teté Villaurutia viuda de Martínez con su hija Adriana, hoy esposa del ingeniero José Antonio Sánchez Mouso, la familia de Mejer: Alicia, Ofelia (esposa de Joaquín Alsina Lancis), y Raoul, el ex diplomático. Belisario Martínez con sus hijos Yuyú (ya fallecida), Wichy, Belisario II y María

Martínez y Núñez de Villavicencio.

Frente al Parque de Tulipán vivían los esposos María Teresa Herrera e Isidoro Fontanals (con su único hijo Fernando), los Urbizu-Martínez con sus hijos Cuquita (de Pessino) Isabelita, Rosita y Alejandro (éste hace años reside en Cienfuegos). Los esposos Ricardo Diago y Rosita Martínez, Margaritilla (la cantante que falleció en Europa).

En la calle de Zaragoza viven todavía varias familias como la del doctor Tomé (caballero castellano que traté mucho), y sus hijos Margarita (viuda de Reyes), Ofelia y Toto (que pasea hoy sus finiseculares mostachos a lo Manuel Sangüily) y la familia de Molina, María Damiana es viuda de Gabriel García Menocal y Deop, hermano del Presidente y Mayor General Mario. Isabel María (viuda de Esnard), Rosita y Carlota Molina.

El Conde Fernandina (Don José María Herrera y Garros) que vivió hasta el final del siglo su palacete de la Calzada tenía tres hijos José María Herrera y Montalvo (casado con Charito Armenteros), Helene que es viuda del inolvidable Gabrielito de Cárdenas (mambí a pesar de su título nobiliario), y la bellísima Josefina que se casó con el Marqués de Dávalos y luego al morir éste, con Don Felipe de Romero y de León, hijo segundo del Conde de Casa-Romero. Los nietos de aquel Conde de Fernandina son los Herrerías Armenteros: Nena viuda de Gumá y José María, actual poseedor del título.

También vivieron en la elegante barriada los esposos Eloy Martínez y Mercedes Montalvo, Don Francisco Chacón, con sus hijos Panchito, José María, Juanillo y María Antonia Chacón y Carbonell; las Montejo (Emma, María y Conchita, esta última de Delgado), las Echevarría, emparentados con los Cabargas y los Alfonso. Las familias del ilustre José Antonio Cartina del Peso, Conde de Cañongo, conde de Palatino, Conde Jibacoa y Almeida.

Los principales colegios que tuvo el Cerro fueron: el de Don Pepe de la Luz (donde fué profesor Don José María Zayas, padre del difunto don Alfredo), el colegio de Delgado (donde se educó Raimundo Cabrera) de Belisa Gil, el de las hermanas Amelia y Guillermina Portela, el de las Edelman y Pintó.

El primer cine "cerrero" fué el Alaska, y se abrió a la entrada de la calle de Palatino.

Esto es todo lo que recuerdo del entonces bello lugar que escogió el célebre Conde Santovenia para veranear cuando su palacio de la Plaza de Armas se hacía inaguantable, a pesar de las brisas del vecino litoral.

No recuerdo más y puedo jurar que no alcancé las veladas de "La Caridad".

Tengo buena memoria eso sí, y buenos cobradores.

Conf. Sep 28/47